

EL GRAN MISTERIO

Cuentos tradicionales de Milpa Alta

Alejandra Retana Betancourt

Ilustraciones

Leticia Hernández Guadarrama





**GOBIERNO DE
MÉXICO**

INPI
INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS

The logo of the Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas (INPI) consists of a vertical red bar with a colorful tassel-like element on the right side.

INSTITUTO NACIONAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional
de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio
Cultural y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona

Directora de Comunicación Social

EL GRAN MISTERIO

Cuentos tradicionales de Milpa Alta

Alejandra Retana Betancourt

Ilustraciones

Leticia Hernández Guadarrama

Corrección de estilo

Denisse Lozano Vera

Diseño editorial

Jesica Itzel Valdespino Flores

Coordinación

Norberto Zamora Pérez

México, 2021



ÍNDICE

EL PERRO
VIEJO

10

EL HOMBRE DE
LAS DOS CARAS

20

EL GRAN MISTERIO

32



Cuentos tradicionales de Milpa Alta

Cuando era pequeña, mi padre me contó que los nahuales en su pueblo se transforman en burritos que pueden recorrer largas distancias en una sola noche.

Años después, eso mismo me lo contó mi tío Arturo Retana, hermano mayor de mi padre, quien convivió desde su niñez con el maestro Juan Crisóstomo Medina Villanueva. Es probable que mi tío y el maestro Juan Crisóstomo hayan escuchado relatos de nahuales en voz de las mismas personas o en circunstancias muy parecidas. Son historias que no solo han circulado en nuestras familias desde hace muchas generaciones, sino que forman parte de la tradición oral de los diferentes barrios y pueblos de Milpa Alta. Milpa Alta es una alcaldía ubicada en el sureste de la Ciudad de México.

La actual Milpa Alta –que antes del siglo xvi fue conocida como Malachtepec Momoxco– está conformada por doce pueblos originarios: San Pedro Atocpan, San Salvador Cuauhtenco, San Jerónimo Miacatlán, San Agustín Ohtenco, San Pablo Oztotepec, San Antonio Técomitl, San Francisco Tecoxpa, San Juan Tepenáhuac, Santa Ana Tlacotenco, San Lorenzo Tlacoyucan, San Bartolomé

Xicomulco y Villa Milpa Alta. Hoy, esta alcaldía es uno de los pocos lugares dentro de la Ciudad de México donde sobrevive el náhuatl, en su variante conocida como mexicano del centro alto.

Esta variante se encuentra en grave peligro de extinción. Si pensamos que la desaparición de una lengua borra parte del mundo que habitaron sus hablantes, se entiende la urgencia de intelectuales, creadores y activistas por evitarlo. Ningún esfuerzo es menor en esta causa. Y también es esta una de las razones por las que me interesó escribir este pequeño libro, para hablar de la cultura nahua que se expresó originalmente en esa lengua. Gracias a estos cuentos salí a encontrarme con el trabajo y la vocación de otros y otras que me precedieron.

De ellos quisiera hablar ahora, además de explicarle al lector qué mundos hay en estos cuentos.

El maestro y este libro

El maestro Juan Crisóstomo Medina Villanueva nació en Milpa Alta a mediados del siglo xx. Fue vecino del barrio San Mateo (Villa Milpa Alta), que, curiosamente, antes de la década de los cincuenta, fue conocido como Nanahualtin, que es el plural de *nahualli*. Fue hijo de Faustino Medina Lemus y Francisca Villanueva Rojas, a quien en el pueblo llamaban “La india bonita” o, en lengua náhuatl, “*In quetzal-mazeual cihuatl*”. Por parte de su madre, fue sobrino del maestro Fidencio Villanueva Rojas, quien dedicó su vida al estudio y a la promoción del náhuatl. De manera semejante, el maestro Juan Crisóstomo se volcó al activismo en pro de la lengua originaria de nuestra región. Por esa labor, se enfocó sobre todo en la recolección de cuentos y conocimientos de la herbolaria tradicional.

Los cuentos que aparecen en este libro son **nuevas versiones** de tres cuentos tradicionales de Milpa Alta que el maestro Juan Crisóstomo Medina Villanueva recogió y dejó asentados tanto en versión náhuatl como en versión española. Los encontré en el archivo del Museo Regional Altepepialcalli. El ejemplar era humilde en su forma, pero no en su contenido. Las fotocopias engargoladas que hallé son un medio de consulta gratuita que los y las milpaltenses –y cualquier otra persona, en realidad– tienen para conocer el trabajo del maestro Juan Crisóstomo y

las historias que han venido caminando durante siglos por estos montes.

Según consta en el documento original, los tres cuentos le fueron dichos al maestro por miembros mayores de su familia. De acuerdo con las notas que dejó en el manuscrito, “El perro anciano” le fue contado por su abuelo paterno don Guadalupe Medina Enríquez; mientras que “Yo fui montado en un nahual” y “La madre de Dios y el hombre de las dos caras” los escuchó proferidos por su madre Francisca.

Estos relatos son ricos en elementos fantásticos: animales que hablan, cuerpos humanos metamorfoseados por un milagro o mediante una sabiduría misteriosa, seres y entidades que no esperamos que habiten cerca de nosotros.

La aparición infinita de alimentos, ríos que se forman con la huella de un hombre, viajes nocturnos que son casi como vuelos... Son cuentos también con una función moralizante o edificante pues buscan que quien los oiga o lea pueda extraer fácilmente una lección o moraleja de ellos: el respeto a los ancianos, la bondad desinteresada, la importancia de cumplir una promesa...

Tanto “El hombre de las dos caras” como “Yo fui montado en una nahual” (que en mi versión he rebautizado como “El gran

misterio”) reflejan la relevancia de la religión católica en los pueblos de Milpa Alta.

Respectivamente, los cuentos refieren a la construcción de la iglesia de la Asunción en el siglo XVI y a la peregrinación a Chalma, que se realiza desde hace al menos dos siglos. Para mostrar cuán trascendente es esta última a lectores externos a la comunidad, ha sido indispensable para mí complementar el relato original que dio lugar a “El gran misterio” con la historia de una madre y una hija, quienes participan fervorosamente en uno de los eventos anuales en los que los pueblos de Milpa Alta refrendan sus lazos de comunalidad.

La tradición oral

La tradición oral es el conjunto de expresiones culturales que se transmiten de generación en generación dentro de una comunidad. Puede manifestarse como cantos populares, cuentos, mitos, leyendas, poesía, chistes, proverbios, entre muchas otras formas. La importancia cultural de la tradición oral de un pueblo radica en que es una expresión de su identidad. Asimismo, constituye un ejercicio de su derecho a la palabra y a la memoria.

Durante muchos siglos, las tradiciones literarias de los pueblos indígenas fueron desestimadas por aquellos que distinguían

entre la literatura y el folclor, entre los pueblos civilizados y los salvajes y entre la palabra escrita y la palabra oral. En la construcción de literaturas nacionales, un fenómeno ocurrido en el siglo XIX, las tradiciones orales de los pueblos indígenas fueron revalorizadas en algunos países de América Latina en tanto relatos de un pasado glorioso pero concluido. Aunque fueron recopiladas y estudiadas, pocos fueron los estudiosos que las consideraron al nivel del canon literario occidental.

Sin embargo, las tradiciones orales de los pueblos están vivas, a pesar del sistema discriminatorio que las ha marginado. No solo eso, sino que cada tradición produce por sí misma “una literatura distinta y todavía vigorosa” (Cornejo Polar, como se citó en Espino Relucé, 1985). En el caso de los pueblos originarios de Milpa Alta, la tradición oral no solo ha sido recopilada, sino transformada en verdadera palabra escrita por intelectuales momoxcas como Luz Jiménez, Fidencio Villanueva, Juan Crisóstomo Medina, José Concepción “Xochimeh” Flores Arce, Miguel Vilchis Mancera y Francisco Chavira, entre otros. Este movimiento de revisión y renovación, que asegura la vida de estos relatos, continúa hoy a través de promotoras comunitarias, creadoras y editoras momoxcas como Flor Chavira, Alejandra Sánchez Galicia e Isela Xospa.

En ese sentido, las **reescrituras** de tres cuentos del maestro Juan Crisóstomo se inscriben en un esfuerzo colectivo y de muchas generaciones por defender nuestro derecho a la palabra en los pueblos originarios de Milpa Alta.

La escritura en lengua náhuatl

Junto con estas tres reescrituras, el lector puede encontrar tres extractos de las versiones del maestro Juan Crisóstomo, en náhuatl y español. Estos fragmentos pueden resultar de especial interés a los estudiosos de la lengua náhuatl.

A simple vista, es posible apreciar las diferencias entre la grafía utilizada por el maestro y las difundidas en espacios universitarios y académicos en los últimos años.

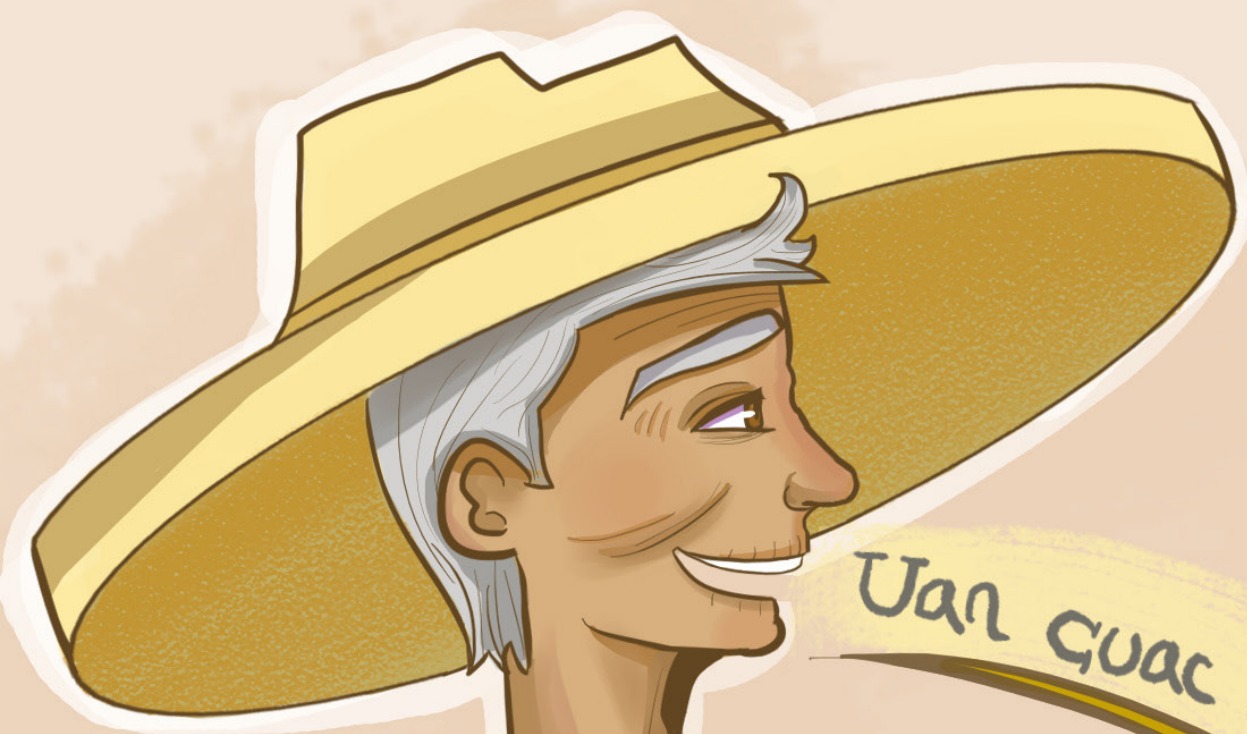
En ese sentido, puede llamar la atención la elección del autor por separar los morfemas de esta lengua aglutinante para asemejarse a la morfosintaxis del español o elegir una grafía que expresa los sonidos de forma parecida a como los expresa la grafía del español.

En los fragmentos mencionados, he querido conservar esta forma de escritura de la lengua náhuatl, en primer lugar, para respe-

tar la voz y el trabajo del maestro. En segundo lugar, porque creo que no habría que censurar ni corregir las maneras en que los hablantes y los intelectuales de lenguas originarias han encontrado para expresar sus lenguas por escrito. No habría que reprocharle a las generaciones pasadas no haberse “emancipado” lo suficiente de las prácticas escriturales del Occidente, es decir, en este caso, no haberse alejado de la gramática de la lengua española. En cambio, habría que entender el largo y difícil proceso que ha sido construir conocimiento desde los pueblos indígenas y sus lenguas.

Un perro, un río y un burro...

Espero que los lectores disfruten estos cuentos, muy antiguos y muy nuevos al mismo tiempo. Las ilustraciones, sin duda, mejorarán la experiencia. Para mí es emocionante ver ilustraciones con los rostros, las ropas, los símbolos y los paisajes de mi pueblo. Es igual de emocionante que más personas tengan la posibilidad de imaginarlos y conocerlos. Es señal de que, aunque nos ha costado mucho, la cultura nahua y la lengua náhuatl no se han ido de estos montes.



Uan quac ò a'zic i chan nan



qui flapo
flaxqali
cocoyón,
pópoye
no chinys
occepa ò
nan



EL PERRO VIEJO

A ratos los truenos escondían mis aullidos. Los rayos iluminaban por momentos la puerta de la casa, una puerta de lámina, que ya no era posible que yo cruzara.

Detrás de ella, se encontraba mi amo, su esposa y sus hijos, reconfortados por el calor del tlecuitl. Mientras, yo temblaba de frío y de desdicha en el patio. Seguí llorando, suplicando que me dejaran entrar, pero nadie vino por mí. Los oí levantar los platos, irse a sus cuartos y echarse a la cama. Pronto se apagaron las luces. Con las últimas gotas de lluvia, solté también un último aullido, muy largo y lastimero. Luego, resignado, me eché en la tierra, en medio del lodo. Suspiré pensando en que tendría que esperar al amanecer para que el sol secara mi pelaje. De la oscuridad entonces salió una voz:

— Perro, ¿por qué estás tan triste? El corazón se me estruja con tu llanto.

La noche estaba demasiado nublada. No podía ver quién me hablaba. Pero, aunque era muy viejo, el olfato no me traicionaba. Era un olor parecido al mío, pero distinto, uno que conocía bien,

porque me había pasado la vida defendiendo a los animales de mi amo de estos otros.

Mi reacción inicial fue ponerme en guardia por si intentaba acercarse al corral de los guajolotes, pero en cuanto sentí cómo temblaban mis débiles patas, entendí que yo no era un rival digno de él. Me dejé caer y le hablé con toda la tristeza que puede caber en el cuerpo de un cuadrúpedo.

— El tiempo se me vino encima, coyote. Ahora que soy viejo nadie me quiere.

Ya no volverán los días felices cuando fui cachorro y los hijos de mi amo jugaban conmigo, me abrazaban y me llenaban de mimos. No volverán tampoco mis días de juventud en los que cacé tuzas, espanté serpientes y cuidé fielmente a mi amo en el campo. Toda mi vida defendí esta casa de intrusos y bestias. Pero ahora todo es muy distinto. Como ya casi no oigo ni puedo ver, como mis patas ya no corren como antes y mi mandíbula se ha vuelto débil, ¡mi amo me detesta! ¡Ya no me quiere! Dice que apesto, me saca a patadas de la casa y ya nunca se acuerda de regalarme una tortilla. ¡Tú no lo entiendes, coyote, porque tú no eres un animal domesticado! ¡Pero yo sí! ¡Y sé que con su



maltrato enseña una terrible lección a sus hijos, porque ellos le harán lo mismo cuando él envejezca!

Otra vez no pude evitar aullar de tristeza. Cuando mis llantos se perdieron en la noche, permanecimos en silencio un rato. Fue en ese momento cuando las nubes se disiparon un poco y la luz de la luna y las estrellas me permitió ver al coyote. Era de verdad hermoso, su pelaje canela parecía brillar en medio de la penumbra. Era joven y fuerte.

Su cola esponjada se movía de un lado a otro.

Los ojos amarillos le temblaban como gotas de agua: lo había cautivado mi historia, pero algo en su semblante dejaba entrever que tenía motivos más profundos para compadecerse de mí.

— Venerable perro, tú no me conoces, pero yo a ti sí. Hace tiempo, una coyota intentó llevarse uno de los guajolotes que tus amos te dieron a cuidar y que, con tanto celo, protegías de otros animales. Era una coyota flaca y débil y por eso no pudo luchar contra ti. Cuando le cortaste el paso, se supo perdida. Entonces te suplicó que no la mordieras, te dijo que solo quería llevarle comida a sus hijitos. Y tú, como siempre has sido bueno, sentiste tristeza por esa madre desesperada y sus cachorros

hambrientos, así que te hiciste a un lado y la dejaste ir con la presa. ¡Venerable perro, esa coyota era mi madre! Y ese día, yo te miraba a lo lejos, junto con mis hermanos. Nunca olvidé tu bondad y hoy voy a pagarte esa buena acción tuya.

En efecto, hacía muchos años, cuando yo aún era joven y robusto, había tenido ese encuentro con aquella triste coyota. Lo había olvidado por completo, pero ahora lo recordaba con claridad. Esa vez, pensé que, si bien mi deber era proteger a mi amo y sus animales, una guajolota no significaba mayor pérdida para él y su familia, pues tenían muchas otras aves de corral, pero sí podía ser cuestión de vida o muerte para esa coyota y sus hijitos. Pensé también que si asesinaba a la coyota, sus crías morirían y yo no podía cargar con ese peso en mi conciencia.

No había podido reponerme de la sorpresa que me habían causado sus palabras cuando el joven coyote me explicó su plan.

–Escucha, mañana vendré cuando empiece a oscurecer. Me dejarás entrar hasta donde duermen los guajolotes. Yo tomaré al más gordo de ellos y, cuando ya esté en la puerta, a punto de irme, tú ladrarás lo más fuerte que puedas. Entonces fingiré que me asusto, soltaré al ave y saldré huyendo. Haremos lo mismo

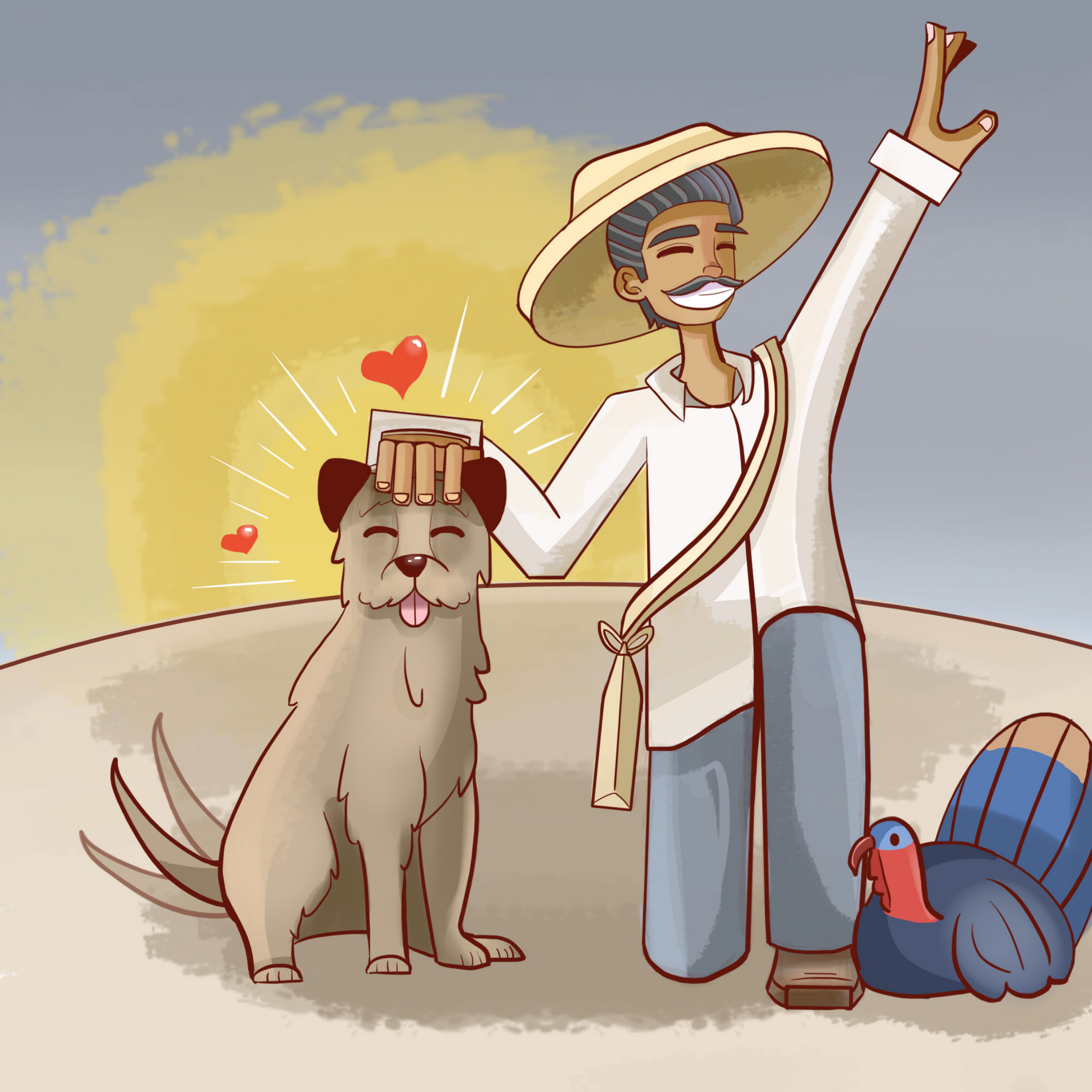
pasado mañana. Confía en mí. Ya verás cómo tu amo vuelve a quererte.

Ya era muy de madrugada cuando el coyote se fue. Me eché de nuevo e intenté dormir, pero no pude por la emoción.

Pronto recuperaría el amor de mis humanos, era cuestión de horas. Sin embargo, de pronto se me ocurrió que el coyote podría estarme engañando. ¿Por qué confiaba en un animal salvaje? ¿Estaba tan desesperado por recuperar el cariño de mi amo que estaba dispuesto a caer en la trampa de un coyote ladino? ¿Y si se llevaba al guajolote más gordo y entonces mi amo se enojaba conmigo al punto de que finalmente me tiraba a la calle?

Me devoró la angustia toda la mañana y toda la tarde. Finalmente oscureció y mi amo, su esposa y sus hijos regresaron, unos de trabajar en el campo y otros del mercado. Entraron a la casa y cerraron la puerta detrás de ellos, sin que yo pudiese colarme. Los oí reír y compartir los alimentos, sin acordarse de mí.

Mientras cenaban, el coyote se metió hasta donde dormían los guajolotes. En cuestión de segundos, lo vi salir con el ave entre las fauces. El pobre guajolote aleteaba y glugluteaba con desesperación, pero nadie dentro de la casa lo oía. Cuando pasaron frente



a la puerta, ladré con todas mis fuerzas, que resultaron ser más de las que el coyote o yo habríamos imaginado. Él, cumpliendo su parte del plan, soltó al ave y huyó. En ese preciso momento, salió mi amo, quien solo alcanzó a escuchar los aullidos de mi cómplice que se alejaba a toda velocidad.

— ¡Vengan! ¡Hijos! ¡Amada esposa! — gritó mientras recogía al ave, un poco desplumada, pero viva— ¡Denle de comer a nuestro perro viejo porque evitó que un coyote nos robara!

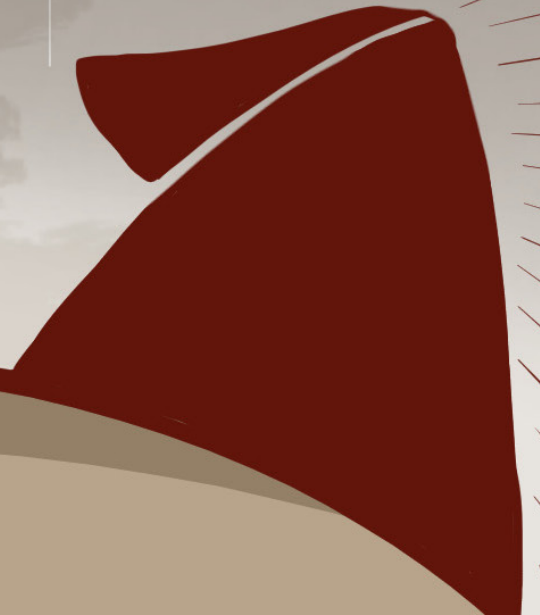
Al día siguiente, mi amigo coyote hizo lo mismo y mi amo premió de nuevo mi valentía. Así fue cómo recuperé su cariño y protección. Volvieron las caricias y los mimos. Los días de fiesta, su esposa incluso comenzó a darme un trozo grande de carne para recompensar mi lealtad y bravura. Lo mejor fue que todas las tardes, sin falta, mi amo empezó a pedirme otra vez que lo acompañara a cuidar su terreno.

Allí, él sentado sobre la barda y yo echado a sus pies, ambos más canosos con cada día que pasa, vemos al sol dorar las hojas del maíz.

Un perro viejo no puede pedir más para vivir sus últimos días.

Amo x' mo tequipacho. ¿Tic ilnâmiqui ce tonali cuac ce zihuacòyotl yo cuicâya ce pîpîtl uan ô tic o'tzacuili uan uel miac ô mitz tlatlauhti amo tic cuácuaz pampa zan ô qui nequìa quin tlacualmacaz in pilhuan? Néua, uéca ô ni mitz ittaya. Uan teh queh cuali yolcatl ô tih cauili tlein ô tech cualti. ¡Non zihuacòyotl no nantzin! Uan axan ni mitz ixtlauiliz mo cuali chiual.

“No te preocupes. ¿Recuerdas ese día cuando una coyote se llevaba una guajolota y tú le cerraste el paso y ella tanto te suplicó que no la mordieras porque solo quería llevarles de comer a sus hijos? ¡Yo te miraba a lo lejos! Y tú, como buen animal, permitiste que nos llevara lo que comimos. ¡Esa coyota era mi madre! Y ahora voy a pagarte esa buena acción tuya.”



EL HOMBRE DE LAS DOS CARAS

El hombre de las dos caras era muy humilde. Él, su esposa y sus hijitos vivían solamente de la leña que recolectaban en el bosque. Eran tantas sus carencias que este hombre parecía un árbol viejo, porque aunque era largo, también estaba muy flaco y su rostro arrugado recordaba a un tronco y a sus surcos. A pesar de sus problemas, el hombre de las dos caras también era muy bueno y sentía un inmenso respeto por el bosque.

Esa mañana, había subido al monte a recoger la leña, pero, en su afán de no cortar ningún árbol vivo, mucho menos uno joven o un oyamel alto, había terminado por adentrarse bastante en el bosque. Caminó tanto y por tantas horas que se acabó el agua y los poquitos alimentos que su esposa le había preparado para su jornada. Justo se había tomado la última gota de su guaje, cuando encontró un árbol que de tan viejo ya había muerto. El árbol yacía en el suelo, así que ni siquiera era necesario derribarlo. El hombre de las dos caras entonces se puso a cortarlo. Fue un trabajo muy duro y sudó tanto que pensó que se moriría de sed. Como ya no le quedaba nada de beber, tuvo que caminar un poco más hasta el Tulmiac, un manantial a los pies del volcán que lleva el mismo nombre y del cual brota una agua hermosa y limpia.

Al llegar allí, lo sorprendió encontrar a una bella mujer lavándose el cabello, amarillo como los granos de maíz.

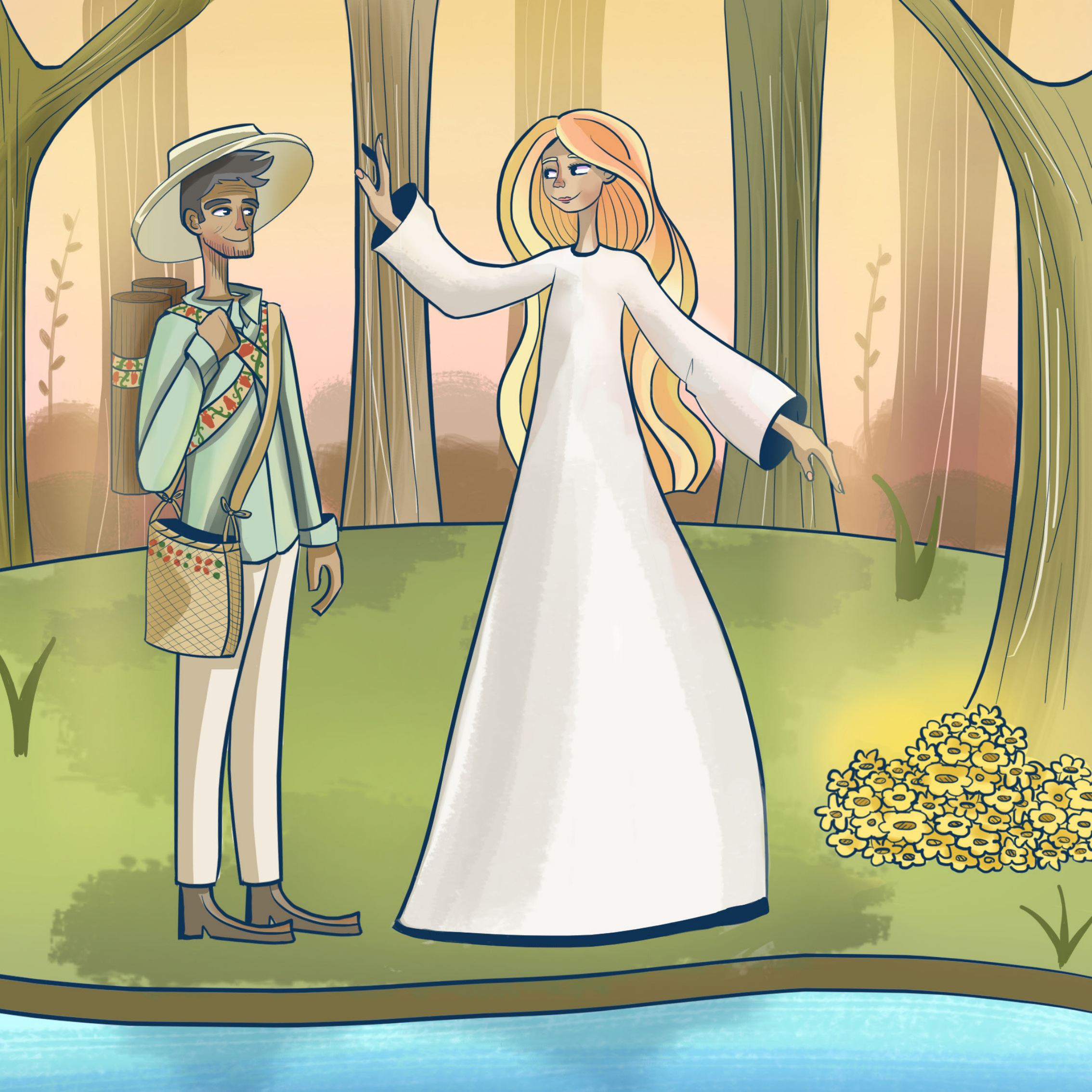
El hombre de las dos caras se frotó los ojos y, por un momento, pensó que estaba soñando. Poco a poco, se fue acercando a la mujer hasta que ella levantó la mirada. Todo en ella transmitía majestuosidad y paz. El hombre se detuvo en seco, encantado, incapaz de proferir ni una sola palabra. La gran señora entonces le dijo con voz dulce, como le habla una madre a su hijo más pequeño:

— Yo soy María de la Asunción y te estuve esperando mucho tiempo. Tú eres un hombre puro. No matas árboles ni animales; ni haces daño a otras personas. Yo le agradezco a Nuestro Señor cuando hay gente como tú.

El hombre se repuso un poco del impacto que le había provocado aquella visión y, tartamudeando, entre asustado y molesto, por fin pudo preguntarle:

— ¿Tú eres el demonio? Me han dicho que te conviertes en lo que más desean los hombres para tentarlos.

— Yo soy la madre de todos ustedes. En tu corazón, germinará tu amor a Dios como una semillita.



Estas palabras tranquilizaron al hombre de las dos caras. Ella con un gesto de la mano le indicó que se sentara a su lado, ahí a unos pasos del manantial.

De pronto, se dio cuenta de que, aunque no había aún probado ni una gota de agua, ya no sentía sed. El hambre y el cansancio también habían desaparecido.

— *¿Por qué tus hermanos te llaman In ontexâyàque, que quiere decir “El de las dos caras”?*— le preguntó, ya sentados uno junto al otro, la señora.

— *La gente del pueblo me llama así porque soy honesto y respetuoso con todos, pero creen que en mi casa, con mi esposa y mis hijos, soy muy malo.*

Dios sabe que no es verdad. Yo los amo—. Se puso de pie acordándose de que ya era muy tarde. — *Ya me voy, solo vine por un poco de agua. Tengo que volver al pueblo y vender esta leña para que mis niños puedan comer.*

La señora lo detuvo y con su fino dedo señaló una alfombra de flores.

— Levanta los pétalos y mételos en tu morral. Cuando llegues a casa, pónselos en el regazo a tu mujer. Esta será tu comida y nunca te faltará mientras vivas. Ahora deja a un lado toda la leña que has cortado y escucha con atención el encargo que tengo para ti: quiero vivir entre ustedes, pero no tengo una casa en su pueblo. Quiero que me construyan una casa muy grande, donde quepan todos mis hijos, en el lugar que han llamado Chicômoztoc, el lugar de las siete cuevas.

Mi casa será el corazón del caserío, así todos vivirán alrededor de su madre. Pues bien, como no hay agua en Malachtépec Momoxco para hacer las paredes de piedra y lodo, yo haré que este manantial te siga. Donde se plasme tu huella, el agua brotará y no faltará mientras haya trabajo. Y cuando concluyan, vendrás aquí, al Tulmiac, y con una penquita de maguey cerrarás el arroyuelo. Así lo harás para que no vengán los gachupines a lastimarlos.

Cuando llegues a Malachtépec Momoxco, reunirás a toda la gente y les comunicarás mi petición. A partir de hoy, tendrás de verdad dos caras para que no tropieces nunca mirando al frente y para que puedas cuidar el agua que te seguirá a tus espaldas.

La gran señora posó su mano en la cabeza del hombre y este

sintió que lo recorría una sensación placentera por todo el cuerpo. Sintió una enorme paz y todas sus dudas se disiparon. Ahora estaba seguro de que la voluntad de María de la Asunción se acataría en el pueblo. Empezó a caminar y, su cara de atrás confirmó lo que le había dicho la gran señora: un delgado arroyuelo seguía el paso de su pie derecho.

Sin tener que volver la mirada, vio cómo el fino caudal atravesaba con él el bosque, los cerros, la arena negra, la arena roja y hasta los pedregales. Ahí donde él pisaba, el agua se extendía. Y de inmediato, las aves, las mariposas y las abejas se acercaban a beber.

Cuando por fin llegó a su casa, dejó la leña recolectada y sus herramientas de trabajo. Luego, con prisa, fue a Chicômoztoc y allí mandó llamar a toda la gente. El hombre de las dos caras les contó lo que le había ocurrido en el Tulmiac. Les dijo que había visto a Toteonântzin, la Madre de Dios, y que ella le había pedido que construyeran una casa en ese paraje porque quería vivir entre ellos. De inmediato, algunos vecinos se soltaron a reír.

— *Está borracho, no le hagan caso* — dijeron.

— *¡Es verdad lo que les digo!* — insistió.

— *¿Quién ha trastornado a este pobre hombre?* — preguntó alguna mujer realmente preocupada.

El murmullo crecía y algunas personas comenzaban a alejarse desestimando las palabras del hombre. En ese instante, este comprendió que debía darles una prueba. Se sacó el sombrero, se dio la vuelta y les mostró su segunda cara.

— *¡Miren! ¡Esto lo ha hecho nuestra madre para que yo pudiera cuidar este arroyuelo que me ha venido siguiendo!*

La multitud calló apenas por unos segundos, estupefacta. El silencio duró poco, porque de inmediato algunos comenzaron a organizarse para construir la casa que Toteonântzin había pedido.

Entre las muchas personas reunidas, el hombre de las dos caras buscó a su mujer. Al encontrarla, le entregó el morral donde había guardado las flores que la Señora le había dado como obsequio.

— *Ve a casa y dales de comer a nuestros hijos con esto que ella nos has regalado* — le dijo.

La esposa abrió el morral y halló un montón de pétalos. Miró

entonces a su marido sin saber si reírse o externar su confusión. Él no la dejó decir nada y le repitió que debían hacer lo que se les había ordenado. Sin más, la mujer caminó a su casa, que era apenas un jacalito, en el que en un solo cuartito, donde dormían ella, su esposo y sus hijos. Al verla llegar, los niños se agolparon. La mujer los sentó alrededor suyo y, entre preocupada y triste, abrió el morral.

Para su sorpresa, los pétalos se habían convertido en deliciosa comida: tortillas, tamales, saladitas de manteca... Los niños y ella se lanzaron sobre los alimentos y comieron hasta sentir que estaban a punto de reventar. Comieron y comieron, pero el morral nunca se vació.

Ya satisfechos, los niños salieron a jugar, pues habían recuperado por fin las fuerzas después de muchos días de ayuno.

En ese preciso instante, la mujer no pudo contener más las lágrimas. Su llanto era de felicidad. Se hincó y rezó para agradecerle a la Madre de Dios su inmensa bondad y su infinito amor. También le pidió que la disculpara por haber dudado de que obraría el milagro.

Así, esa misma tarde, comenzó la obra de la casa de María de

la Asunción en Chicômoztoc para que ella pudiera vivir entre nosotros.

Una vez concluida la obra, el hombre de las dos caras cumplió su palabra: subió al Tulmiac nuevamente y con una penquita de maguey cerró el arroyuelo. También se dice que este hombre y su familia fueron muy felices gracias a Toteonântzin, pues nunca más faltó el alimento en su casa mientras él vivió.



Uan cuac ô ázic i chan uan occepa ô qui tlàpo aya-paltel in xochitlaltzetzeli yo mo chiuh tlaxcali, cócoyon, pópoyec, tlátlayoyo, tamali uan occequi zan uelic tlacuali. Pipiltzitzintin ica î nantzin ô pehque tlàcua uan qué ô apizmiquia ô tal mâtezacaya, uan amo ô tlamía tlein ític ô yeya. Cuac inon ô quittac ziuatzintli ô qui tlazocomat to Teô nantzin uan ô mo tlapópolhui ca ixayouh, pampa uel miac tônaltin yo mo toliniaya.

“Cuando llegó a su casa y volvió nuevamente a abrir el morral, vio que las flores se habían convertido en tortillas, picaditas, saladitas de manteca, tortillitas rellenas de frijol, tamales y otros ricos alimentos. Los niños, junto con su madre, empezaron a comer y, como era mucha el hambre que tenían, se atropellaban las manos para sacar alimentos del morral, mientras que este no se vaciaba, pues no dejaba de haber mucho más y más. Cuando la mujer vio esto, dio gracias a la Madre de Dios y, con lágrimas en los ojos, pidió que la perdonara pues ya tenían muchos días de ayuno.”



EL GRAN MISTERIO

El negro de las trenzas de mi madre se ennegrece aún más en este paisaje blanco. Hace rato que pasamos Agua de cadena y entramos a la sierra. Acá arriba el mundo es de nieve y árboles helados. Camino lento abrazándome a mí misma, hundo las manos en los bolsillos de la chamarra para ver si encuentro un poco de calor escondido allí y agacho la cabeza para que no me golpee el aire frío de las montañas. Si levanto la mirada, solo veo la espalda de mi madre y sus dos trenzas que se mecen al ritmo de su paso. Camina como si no se le entumiera el cuerpo con tanto frío y como si no le dolieran las plantas de los pies, luego de más de diez horas de peregrinación.

Ya se está poniendo el sol cuando empezamos a descender la serranía. En algunos puntos, el camino es demasiado escarpado y los cargadores tienen que bajar apoyándose unos en otros. A los que llevan las imágenes más grandes, otros hombres les ayudan a soportar el peso mientras bajan por esa tripa pedregosa. Desde ahí se ve el campamento que la mayordomía ya preparó a las faldas de la montaña.

“¿Por qué no venimos mejor en la camioneta de mi tío, como el año pasado?”, le pregunto a mi madre, más bien en tono de queja, una vez instaladas en la zona de descanso, en Agua Bendita. Se escuchan cohetones y alabanzas. Ya ha caído la noche y se han prendido fogatas. Mi madre no responde, está terminándose su café negro.

Despedazo mi tamal con desgana. Solo quiero echarme y dormir, ni siquiera me quedan ánimos para comer. *“Come, aún falta camino y tienes que estar fuerte”*, me dice. Tuerzo la boca. No me regaña a pesar de que yo sé que ese gesto le molesta.

“¿No podríamos pedirle a los mayordomos que nos lleven en las camionetas?”, pregunto poniendo a prueba su paciencia. Ella sonrío enigmática. Levanta la vista al cielo negro que a ratos los cohetones incendian. Parece estar tramando algo. *“Hay una manera de llegar a Chalma en una sola noche”*, susurra, como cuando se comparte un secreto. Echo el cuerpo hacia adelante para oír mejor lo que está por contarme.

Cuando esto ocurrió, mi abuelo era un muchacho apenas mayor que tú, Juana. Debía tener a lo mucho quince años. Esa tarde-noche, se encontraba parado en el portillo de su casa, viendo pasar a las pocas personas que se habían quedado en el pueblo. Él

había ido a trabajar ese día, a la raspa y, a esas horas, se sentía muy cansado, muy solo y triste. Estas fechas le recordaban a su madre querida, que había muerto varios años atrás.

En eso, pasó el señor Felipe, uno de sus vecinos del barrio. El hombre de inmediato notó la mirada desconsolada de mi abuelo y le preguntó qué le ocurría. *“Nada”,* respondió, *“salí a distraerme porque no hay nadie en casa, todos fueron a visitar a Nuestro Padre Dios en Chalma”.*

Don Felipe asintió con la cabeza y siguió su camino, pero no había dado ni tres pasos cuando regresó y con mucha seriedad le preguntó al muchacho que tenía delante de él: *“Antonio, ¿en verdad ya eres hombre?”.*

Mi abuelo, aunque sorprendido por la pregunta, atinó a responderle, también con semblante serio: *“Aunque soy muy joven, mi alma ya está madura”.* Don Felipe lo miró a los ojos, como si de verdad pudiera verle el alma y descubrir si le estaba mintiendo o no.

A mi abuelo todo esto lo ponía muy nervioso, pero intentó que no se le notara. Don Felipe era un hombre muy misterioso, se decían muchas cosas de él, así que era mejor no mostrarse débil ante su



mirada. Por fin, el hombre le dijo: *“Si quieres, vamos a Chalma. Sólo tú y yo. Cuando las campanas llamen a oración, te veo aquí en tu casa”*.

Eso sí confundió a mi abuelo: ¿cómo iban a llegar a Chalma en una noche?, si el camino duraba tres días enteros; por eso, todos en su casa se habían ido desde muy temprano, antes de que el sol siquiera saliera.

Don Felipe notó que mi abuelo dudaba, así que fue más directo: *“Yo soy nahual, Antonio, y es verdad lo que se dice de mí. Los nahuales andamos robando por el sur; si alguien nos oye aullar, cae dormido y se detiene el reloj. Si aceptas, verás cómo me transformo en un animal y viajarás montado en mí. Ahora te lo puedo contar porque aún soy hombre, pero cuando sea animal, no podremos hablar”*. La curiosidad le pudo más a mi abuelo y aceptó.

Muy contento, don Felipe le recordó que lo vería a las ocho de la noche. Mientras, iría a su casa por unas cosas que necesitarían y le pidió a mi abuelo que agarrase una canasta, una cobija y cuerdas.

Mi madre interrumpe el cuento porque han llegado dos vecinas

del barrio a saludarnos. Le preguntan cómo se ha sentido, si la altura de la montaña no le afecta mucho. Les responde que está bien, que ha hecho el camino con mucha fe y gratitud, seguro por eso no se la ha hecho tan pesado.

Este es el segundo año que mi mamá y yo venimos a Chalma. Ella no venía desde que era niña y la traían sus padres.

Hace un año vinimos porque mamá estaba muy enferma y el médico nos dio un pronóstico esperanzador. Esa vez nos trajo mi tío en su camioneta, el mero seis de enero, para oír la misa y pedirle al Señor que la ayudara a recuperarse.

Su salud sí mejoró poco después. Por eso, este año hemos vuelto y, para más, estamos haciendo el trayecto a pie.

Ha llegado la hora de dormir. Vamos con las vecinas al espacio que han preparado para el descanso de los peregrinos.

Echamos las cobijas sobre el pasto y nos acostamos encima de ellas. Me aprieto bien a mi mamá. Quiero quitarme los tenis porque me duelen los pies, pero ella me ha dicho que no lo haga, que puede entrarme el frío por las plantas.



Aunque estoy cansada, me cuesta dormir rodeada de tanta gente. “¿Ma?”, la llamo para ver si ella sí se ha dormido.

Me responde con un murmullo. “¿Qué le pasó a tu abuelo con el *nahual*?”, le pregunto. Ella se acomoda para que nuestras caras estén de frente, muy cerquita, y yo pueda escuchar su voz que habla en tono bajo para no molestar a los demás.

Poquito antes de las ocho, don Felipe volvió por mi abuelo. Caminaron juntos hasta un paraje llamado Cauaomitepa, que era un tiradero donde toda la gente iba a esparcir ceniza. Cuando sonaron las primeras campanadas, don Felipe se arrodilló, se persignó y se puso a rezar un padrenuestro. Sin dejar de rezar, se cubrió con el ayate el pecho y las piernas amarrándoselo con cuerdas. Había traído consigo también una escoba de popote, que, en ese momento, se puso entre las piernas como si fuera una cola. Entonces se empezó a revolcar en la ceniza que estaba por allí tirada.

Cuando por fin se levantó, ya no era un hombre: se había transformado en un burro grande.

Mi abuelo se espantó, pero recordó que don Felipe le había advertido que debía tener el alma madura para mirar este poder.

Se repuso y fue hasta el asno que con la cabeza le pedía que lo montara. Le amarró con tanta fuerza que si hubiese sido un burro de verdad, le habría roto los huesos. El nahual soltó un aullido larguísimo y mi abuelo sintió que el mundo entero entraba en un sueño muy pesado. Se agarró con todas sus fuerzas y la criatura se echó a correr a gran velocidad, saltando cercas y magueyes.

Era casi luna llena. La noche estaba hermosa. Mi abuelo miraba las constelaciones que eran las únicas testigos de su aventura: el Gran alacrán, el Pequeño alacrán, la Serpiente y los Tres amos de la noche. El nahual y él volaban entre los barrancos y atravesaban la serranía.

Solo se oía el aullido del nahual, a los árboles mecerse y crujir, y los ronquidos de la gente de los pueblos que iban quedando muy atrás.

En un abrir y cerrar de ojos, llegaron a Agua Bendita. Encontraron a todos los peregrinos profundamente dormidos.

Antonio buscó a su abuela y a sus hermanitos. Intentó despertarlos.

Los sacudió, se les paró encima y les habló, pero no consiguió

que respondieran. Todos habían oído el aullido del nahual y caído en un sueño profundo. En medio de la oscuridad, mi abuelo halló el canasto de su abuelita. De allí sacó seis tortillas.

Le dio al nahual tres y las otras tres se las comió él con frijolitos y una salsa molcajetada. Terminaron su cena y el animal le indicó una vez más que lo montara. En cuanto reanudaron su carrera, mi abuelo notó que los peregrinos se despertaban y se apretujaban unos contra los otros. Temblaban ante la presencia de algo que no era humano.

Así atravesaron mi abuelo y el nahual los cerros entre Milpa Alta y Chalma en una sola noche. Se detuvieron en el ahuehuate y el río que están justo en la entrada del pueblo. Allí buscaron ceniza y, cuando por fin la encontraron, el animal se revolcó en ella y muy rápido volvió a ser hombre. Mientras el cielo empezaba a aclararse, mi abuelo vio a don Felipe desamarrarse el ayate y envolver la escoba con él. Le pidió que lo siguiera y, entre las breñas, escondieron las cosas. Volvieron al río, se lavaron la cara y tomaron agua. Ya empezaba a amanecer el cuatro de enero.

No recuerdo en qué momento me quedé dormida, pero mi madre me despierta cuando comienza a amanecer. Desayunamos pan y café de olla. Apenas terminamos, los cargadores se ponen de nuevo el mecapal y se forman.

Detrás de ellos, nos colocamos los demás. Yo camino por inercia, una parte de mí sigue en el sueño. Andamos, ya sin detenernos, hasta pasado el mediodía. *“Ya no falta mucho”*, me repite mi madre, *“unos pasos más”*.

A ella la fe y la gratitud la fortalecen, tanto que, luego de la última parada en el ahuehuate –el punto donde, según la historia que me contó anoche, el nahual recobró su forma humana–, mi madre se ofrece para llevar una de las imágenes.

En este último trecho, los hombres no pueden cargarlas, mucho menos entrar al santuario con ellas. Así que mujeres y niños deben portarlas. Por fortuna, los cargadores más experimentados caminan al lado de ellos, por si necesitan ayuda. Yo no pierdo de vista a mi madre. Me asusta que tropiece con alguna piedra o le gane el peso de la imagen. Pero no. Ella avanza, aunque con cautela, sin trastabillar. Hace un año, estaba tan enferma que no podría haberlo hecho.

Entramos a Chalma a las tres de la tarde. Un enorme muro de piedra se levanta justo a espaldas de la iglesia, rodeando al pueblo entero. La montaña está completamente tupida de árboles y niebla. En las barrancas, han colocado grandes cruces de las que

cuelgan listones con flores. *“¿Por qué han puesto esas cruces?”*, le pregunto a una de las vecinas, que camina a la par de mí.

Ella, sin dejar de caminar, jalándome para que no me pare y no estorbe a los demás peregrinos, me responde: *“Porque en esas cuevas se aparecía el diablo”*.

En medio del ruido de los cohetones y la alegría de los peregrinos que se preparan para por fin entrar al templo, busco a mi mamá. La encuentro sentada en una de las bardas de piedra. Ahora sí se ve cansada. Le acerco mi botella de agua, pero con la mano me indica que no le hace falta. Esperamos unos minutos en lo que arreglan la imagen de la Virgen de la Asunción, que nos ha acompañado desde Milpa Alta. Pronto los mayordomos y los ahumadores están listos.

Mi mamá logra reponerse a tiempo para entrar detrás de ellos cantando alabanzas a los pies del Señor de Chalma.

Ya que don Felipe había vuelto a ser humano, caminaron a la iglesia donde el sacristán estaba tocando las campanas. Asistieron a misa, antes que los otros peregrinos de Milpa Alta. Terminada la misa, fueron al río a bañarse, a almorzar y a esperar al resto de los paisanos. Era mediodía cuando mi abuelo, don Antonio, vio llegar a su abuelita y a sus hermanos. Estos se sorprendieron

mucho de verlo allí. La señora le preguntó: “¡Antonio!, ¿cómo llegaste primero si yo te dejé en la casa?”. El joven le respondió que don Felipe y él habían caminado toda la noche y que por eso estaban muy cansados. Su abuelita le creyó y pasaron sin mayor problema la víspera y la fiesta grande.

Bien temprano, el siete de enero, don Felipe le dijo que debían regresar antes que los demás para que no descubrieran su secreto. *“Debes decirle a tu abuelita que nos vamos antes porque si no, no habrá pulque para cuando llegue la gente”*, le indicó y con esas mismas palabras mi abuelito tejió su mentira. Ella quiso saber cómo se irían, a lo que don Felipe le respondió que un arriero de Mixquic los pasaría a dejar al pueblo. La viejita volvió a creerles, abrazó a su nieto y le dio su bendición para que llegase con bien a su destino.

Don Felipe y mi abuelo salieron de Chalma y fueron hasta donde habían ocultado el ayate y la escoba. Escondidos entre la maleza, esperaron a que se hiciera de noche. Cuando oscureció, poco después de que sonara la hora del rezo, don Felipe se convirtió en nahual y don Antonio lo montó. Se agarró muy fuerte del pelo de la criatura porque corría tan rápido que parecía que volaba.

Llegaron antes del amanecer a Milpa Alta. Fueron a casa de don Felipe y allí este se revolcó otra vez en ceniza para regresar a ser hombre. Mientras caminaban a la casa de mi abuelo, en la



oscuridad de la madrugada, don Felipe iba tratando de convencerlo de unírsele. *“Si te juntas conmigo, no te faltará de comer, ni a ti ni a tus hermanitos. Yo puedo enseñarte a ser nahual y me acompañarías a robar por el sur”*.

Ya en el portón de la casa, donde todo había empezado, mi abuelo le respondió con sinceridad: *“Usted sabe que soy huérfano, pero antes de morir mi amada madre me dio este consejo: ‘siempre ten primero a Dios Nuestro Señor, no robes, ni cambies mujeres, no engañes a nadie, come solo el alimento que te has ganado con tu sudor, porque solo así podrás tener una buena vida’. Y yo le dije que así lo haría y poquito después murió y ahora he deshonrado mi palabra. Discúlpeme, don Felipe, pero no puedo aceptar este gran misterio que me pone en las manos”*.

Don Felipe asintió con la cabeza y se encogió de hombros. Antes de que se fuera, mi abuelo le dijo una última cosa: *“Lo que usted me ha mostrado, nadie lo sabrá, no se preocupe. Quizá, cuando sea ya muy mayor, se lo cuente a mis nietos”*.

Mamá termina de contar la historia de su abuelo. Estamos en el hostal en el que nos hospedaremos hasta el diez de enero, cuando terminen las fiestas y haya que volver a casa, deshaciendo ese largo camino que sube y baja por los montes.

Se estira y me dice que lo mejor será que durmamos. Se deshace las trenzas y su cabello negro se esparce sobre las almohadas blancas. Pienso en que tengo suerte de tenerla, de que se haya curado. El bisabuelo Antonio tuvo que crecer huérfano y no debió ser fácil. Aunque yo no sé, y lo medito mientras me voy quedando dormida, yo no sé si me hubiese negado a aprender el misterio de ser nahual.

Téuatzin ti mo machitìtìa n'icnotzin. No Tlazónantzin ô nech mo titlanilíteuac ca inin cuali tlátoli: “¡No uelmiac tlázo piltzin! Zemícac ti mo pîliîz. Têotzin tô teco áchtopa. Amo ti tla'chtequiz. Amo tic in pâpâtlaz ciuame. Amo ti tê cuâmanaz. Mo tlàxcal tic poyeliz ica m'itonal, uan cuali mo chiuaz mo nemiliz”. ¡Uan ô mo miquìli! Ica nixâyauh uan nô chôquiliz ô nic mo'lhuìli yuh mo chiuaz, uan axan ô no mâuizpolo ica no tlátol. X'nech mo tlapópólhui amo nic ânaz inin Ueyi Tetzauitl tlein no mac ti nech maquilà. Tlein ô ni ittac amo cá qui matiz axan, uèlez cuâc ye ni còltzin nic in nònòtzaz no'xhuiuan.

“Usted sabe que soy huérfano, pero mi amada madrecita me dio estos consejos—¡Mi muy querido niño! Por siempre tendrás a Dios Nuestro Señor. No robarás. No cambiarás mujeres. No engañes a nadie. Comerás tu alimento con la sal de tu sudor y tendrás una vida buena. ¡Y murió!— Con lágrimas en mis ojos y con mi llanto le dije—Así se hará—. Y ahora he deshonorado mi palabra. Perdóneme usted, no voy a tomar este Gran Misterio que pone usted en mis manos. Lo que hoy he visto nadie lo sabrá. A lo mejor cuando sea un anciano, se lo platicaré a mis nietos.”



BIBLIOGRAFIA

Espino Relucé, G. (1999). La literatura oral o la literatura de tradición oral. Ediciones Abya-Yala.

Flores Melo, R. (2012, 2 de abril). El paseo escultórico o la idealización del pasado milpaltense. Teuhtli: un lugar en la Milpa Alta. <https://teuhtli.blogspot.com/2012/04/el-paseo-escultorico-o-la-idealizacion.html>

Galicia-Silva, Javier. “El náhuatl de Milpa Alta y su pléyade de nahuatlahtos fenecidos”. https://www.academia.edu/34025529/El_n%C3%A1huatl_de_Milpa_Alta_y_su_pl%C3%A9yade_de_nahuatlahtos_fenecidos

Jiménez, L. & Horcasitas, F. (1968). De Díaz a Zapata. Memoria Náhuatl de Milpa Alta. Universidad Nacional Autónoma de México.

Juan Carlos Loza Jurado. (2013, 5 de enero). Peregrinación de Milpa Alta a Chalma [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=Pa6gk48xtA8&t=2127s>

Medina Villanueva, J. C. (2002). Cuentos tradicionales de Milpa Alta [Manuscrito].

Sánchez Galicia, A. (2019). ¿Me lo cuentas otra vez? Antología de leyendas. Mano Vuelta Editorial.

Xospa, I. (2019). El muerto vivo / In miqui yoli. Ediciones Xospatronik.

Xospa, I. (2018). La vaca chillona / In cuacuahueh tzatzahtzini. Ediciones Xospatronik.



INPI

INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS



MEXICO 2021